

LOS PINGÜINOS DE MR. POPPER

RICHARD
Y FLORENCE ATWATER

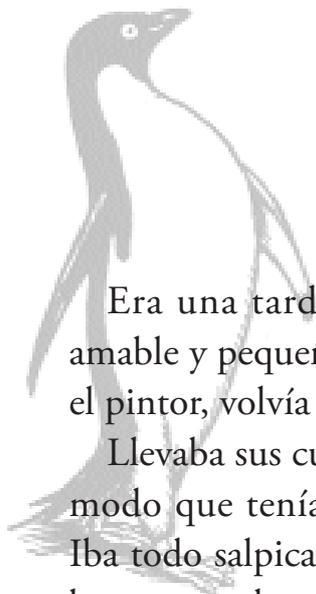


Traducción de
Anne-Hélène
Suárez Girard

Ilustraciones de
Robert Lawson

CAPÍTULO 1

STILLWATER

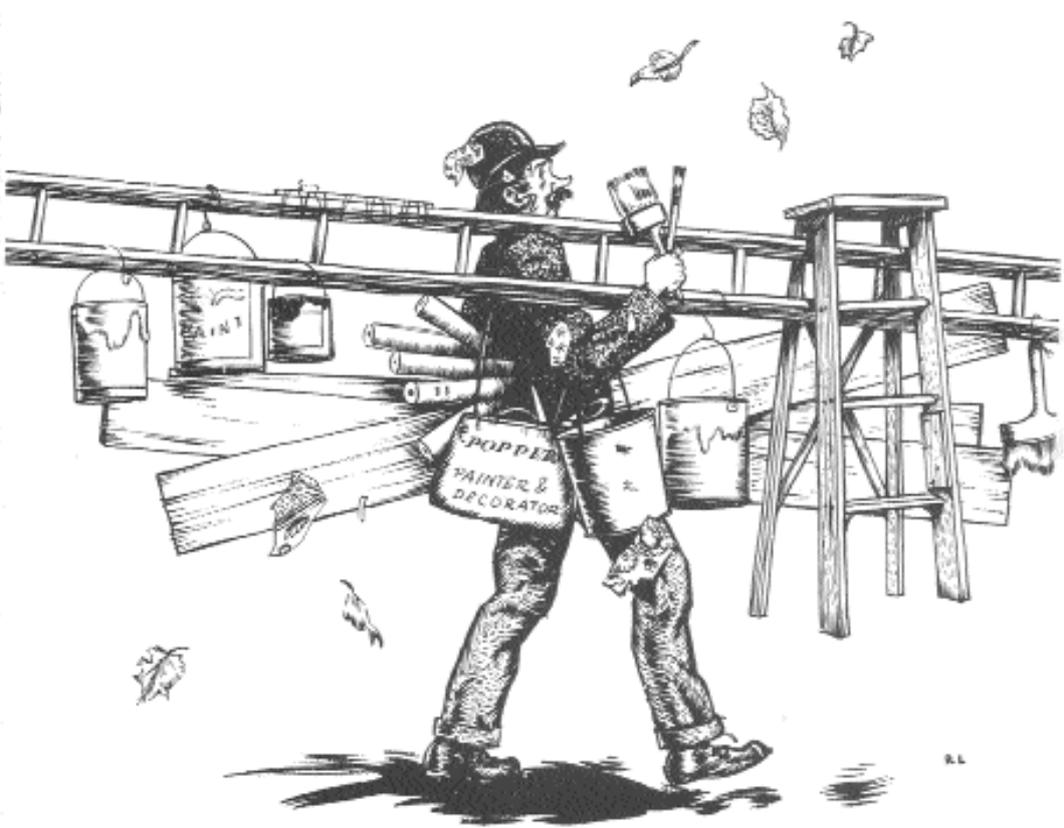


Era una tarde de finales de septiembre. En la amable y pequeña ciudad de Stillwater, Mr. Popper, el pintor, volvía a casa después de su trabajo.

Llevaba sus cubos, sus escaleras y sus tablonos, de modo que tenía ciertas dificultades para caminar. Iba todo salpicado de pintura y de yeso, y le colgaban trozos de papel pintado del pelo y de los bigotes, pues era un hombre más bien descuidado.

Los niños que estaban jugando alzaban la mirada para sonreírle al pasar, y las amas de casa decían al verlo: «¡Huy!, por ahí va Mr. Popper. A ver si me acuerdo de pedir a John que pintemos la casa en primavera».

Nadie sabía qué pasaba por la cabeza de Mr. Popper, y nadie podía imaginar que un día sería la persona más famosa de Stillwater.



Era un soñador. Incluso cuando estaba en plena faena alisando la cola del papel pintado, o pintando las fachadas de las casas de los demás, olvidaba lo que estaba haciendo. Una vez había pintado tres paredes de una cocina en verde, y la cuarta en amarillo. La señora de la casa, en lugar de enfadarse y obligarlo a pintar de nuevo, encontró que así quedaba muy bien y le dijo que lo dejara tal cual. Y todas las demás señoras, al ver el resultado, lo admiraron

también, de modo que pronto todo el mundo en Stillwater tuvo cocinas de dos colores.

La razón de que Mr. Popper fuera tan despistado era que siempre estaba soñando con países lejanos. Nunca había salido de Stillwater. No es que fuera infeliz. Tenía una bonita casa propia, una esposa a la que amaba con ternura y dos hijos llamados Janie y Bill. Pero habría estado bien, pensaba con frecuencia, si hubiera visto algo del mundo antes de conocer a Mrs. Popper y asentarse. Nunca había cazado tigres en la India, ni escalado las cumbres del Himalaya, ni buceado en busca de perlas en los Mares del Sur. Sobre todo, nunca había visto los Polos.

Eso era lo que más lamentaba. Nunca había visto esas grandiosas y resplandecientes extensiones blancas de hielo y nieve. ¡Cómo le habría gustado ser científico, en lugar de pintor en Stillwater, para haber participado en una de las grandes expediciones polares! Al no poder ir, se pasaba el día pensando en ellas.

En cuanto se enteraba de que en la ciudad ponían una película sobre el Polo, él era el primero en llegar a la taquilla y a menudo asistía a tres sesiones. Cuando la biblioteca de la ciudad tenía un nuevo libro sobre el Ártico o el Antártico —el Polo Norte o el

Polo Sur—, Mr. Popper era el primero en llevárselo en préstamo. Es más, había leído tanto sobre exploradores polares que se sabía los nombres de todos ellos y lo que cada uno había hecho. Era una auténtica autoridad en el tema.

Sus mejores momentos los disfrutaba al anocheecer. Entonces podía sentarse en su casita y leer acerca de las frías regiones que están justo encima y debajo de la tierra. Mientras leía, podía coger el pequeño mapamundi que Janie y Bill le habían regalado las Navidades anteriores y buscar el lugar exacto sobre el cual estaba leyendo.

Así que ahora, mientras avanzaba por las calles, estaba feliz porque la jornada se había acabado y porque era el final de septiembre.

Cuando llegó a la puerta de su bonita casa del 432 de Proudfoot Avenue, entró.

—Bueno, cielo —dijo, depositando sus cubos, escaleras y tablones, y besando a Mrs. Popper—, la temporada de decoración se ha terminado. He pintado todas las cocinas de Stillwater; he empapelado todas las habitaciones del nuevo edificio de pisos de Elm Street. Ya no tendré más trabajo hasta la primavera, cuando la gente quiera pintar sus casas.

Mrs. Popper suspiró.

—A veces desearía que tuvieras un trabajo que durara un año, y no sólo de la primavera al otoño —dijo—. Será estupendo tenerte en casa de vacaciones, por supuesto, pero es un poco difícil barrer con un hombre sentado y leyendo todo el día.

—Podría decorarte la casa.

—No, gracias —dijo Mrs. Popper con firmeza—. El año pasado pintaste cuatro veces el cuarto de baño porque no tenías nada más que hacer, y considero que ya es suficiente. Pero lo que me preocupa es el dinero. He ahorrado un poco, y creo que podremos arreglárnoslas como hemos hecho otros inviernos. Se acabaron el rosbif y los helados, ni siquiera los domingos.

—¿Comeremos judías cada día? —preguntaron Janie y Bill, que venían de jugar.

—Eso me temo —dijo Mrs. Popper—. En fin, id a lavaros las manos para cenar. Y, cariño, guarda este montón de pinturas porque no las vas a necesitar en bastante tiempo.